

Sujeto y Lenguaje

María Angélica Hechim
Universidad Nacional del Litoral

Lenguaje y realidad

122 123

Hay una realidad fuera del lenguaje. ¿Qué duda cabe? Hay sol, hay planeta tierra girando alrededor del sol, hay girasoles, hay pinturas de Van Gogh sobre girasoles. ¿Cómo negar lo que parece tan obvio sin caer en el idealismo más recalcitrante? Son realidades tangibles, concretas. Basta salir al sol y dejar expuesta la piel a la acción de su calor, para experimentar ardor sobre el cuerpo, con concomitantes molestias como la reacción del cuerpo ante la temperatura: sudor, sensación de asfixia, etc. Nuestro cuerpo es materia y convive en la relación con muchas otras materias con las cuales interactúa, lo separamos o no. A esto se lo llama, eventualmente, “realidad material”, lo que resulta suficiente para pensar que hay otra, y otras, realidades: oníricas, ficcionales, etcétera.

Pero en lo que a nosotros interesa aquí, la primera pregunta es: ¿cuál es la relación entre esta realidad material y el lenguaje? ¿Es suficiente decir que esta realidad material “entra” a través de los sentidos en nuestra mente para formar conceptos, nombrados por palabras? ¿A una mente dispuesta filogenéticamente para recibir y dar forma en poco tiempo al lenguaje, con un leve impulso que provendrá de la familia, en primer lugar?

O sea: ¿cuál es la relación lenguaje/realidad material?

Los seres humanos, ¿podemos aprehender esta realidad tal cual es? ¿Qué papel juega en este proceso el lenguaje? Ésta es otra manera de preguntarse lo mismo, o quizá son otras importantes preguntas. Viejo problema que intentó contestar tantas veces la filosofía.

En esta última formulación salta a la vista un primer problema. ¿Qué son los seres humanos? Puesto que nos estamos negando a partir de supuestos que a primera vista parezcan obvios, nuestra indagación se detendrá en este punto, en primer lugar.

Ser humano

A la busca de algún soporte bibliográfico que pueda ayudar en este vasto problema, la vista se extenua encontrando por doquiera una proliferación casi insoportable de libros y textos que se ocupan del tema en nuestra biblioteca. El ser humano siempre se interroga sobre sí mismo, y de manera profusa. Desde

el fondo de los tiempos, religiones, filosofías y ciencias han tratado de responder a este enigma del sí mismo.

La pregunta por el *ser* es la primera gran pregunta de la humanidad, la que se formulan los griegos. La segunda, dice Parret y otros, es la pregunta por el *conocer*. Por el conocer del hombre, que inauguraría Descartes, donde se intentará pensar la relación entre el hombre y la realidad material, entre el sujeto y el objeto, o, más precisamente, por cómo el sujeto aprehende el objeto, cómo el saber del sujeto y la verdad del objeto coinciden, si coinciden.

La tercera es acerca del *significar* y el *comunicar*. Es la época que inaugura el giro lingüístico, en un momento histórico que des-esencializa al hombre, que ve morir el concepto de hombre inaugurado por el cartesianismo y la Ilustración, en conceptos de Foucault.

Pero anterior a la muerte del hombre sobrevino la muerte de Dios, que celebra Nietzsche. Y con Su muerte, habrá advenido la falta de congruencia última, que, quizá, provoca textos actuales que semejan desvaríos, como el siguiente:

“Pero la respuesta de Lacan a este reproche es que no sólo el mundo –como un conjunto dado de objetos– no existe, sino que tampoco existen el lenguaje y el sujeto...”¹.

Bien, si es tan sencillo, ¿qué hacemos al estar pensando precisamente en esto, en este momento?

Vuelvo a contestar: estamos ante un conjunto de problemas que quizá nunca tengan *una* resolución, hasta tal punto, que es posible que el ser del hombre consista en ser aquél que se interroga a sí mismo, constantemente, sobre su propio ser.

Decir, por otra parte, que el hombre es un ser surgido de la naturaleza también parece algo evidente. Que la humanidad se oponga a lo natural, que el ser del hombre esté alienado de la naturaleza, o que ejerza violencia sobre ella, no implica en ningún caso que el hombre deje de estar sometido a eventos como el nacimiento, el crecimiento y la muerte, sean estos eventos lo que sean.

Y también resultaría evidente que necesitamos el conocimiento y la comprensión del mundo, toda vez que los hombres dependemos de la naturaleza y de los otros hombres para poder existir.

Lo cierto es que aquí es donde comienzan los verdaderos problemas, puesto que la subsistencia y la salud en general, y el cómo de las relaciones intersubjetivas exigen de la colaboración de todos para que la vida de los seres humanos tenga dignidad y futuro.

De manera que terminaremos este apartado diciendo que, sea lo que sea el ser humano, necesita conocerse y conocer el mundo para poder subsistir.

Persona

Pero, ¿es lo mismo hablar de “ser humano” que de “sujeto”?
¿Qué diferencia hay entre estos términos y otros como “yo”, “persona”, “individuo”?

El “ser humano” a primera vista se diferencia del “ser natural”. Tanto, que para Hanna Arendt hablar de “naturaleza humana” es una contradicción en sus términos, porque el mundo humano es un artificio. Pero existe un matiz donde esa diferencia pierde su radicalidad, como intuíamos más arriba: “El artificio humano del mundo separa la existencia humana de toda circunstancia meramente animal, *pero la propia vida queda al margen de este mundo artificial*, y, a través de ella, el hombre se emparenta con los restantes organismos vivos”.² (Las bastardillas son mías.)

En cuanto a “sujeto”, en el viejo Diccionario de Psicología y Psicoanálisis de English e English, la entrada para este término especifica algo curioso: por un lado es “tema, aquello que se observa o estudia –por donde lo dicho más arriba, que se podría definir al ser del hombre como aquél que indaga sobre sí mismo, se cierra–, de lo cual se habla o se hacen aserciones”. Lo curioso es lo que sigue: “En este sentido (principalmente lógico) sujeto es casi lo mismo que un objeto”. Otras especificaciones afirman: “Ser que piensa, siente, actúa; centro de referencia de los fenómenos mentales”, y “Persona u otro animal (??) a quien se aplican estímulos con el propósito de evocar respuestas...”, y otras.

El mismo diccionario nos alumbra acerca del significado latino de la palabra “persona”, y es: “máscara teatral”, por donde se entiende que hay un “papel que desempeña una persona; la máscara que usa no sólo para los demás sino también para sí misma” y que representa “sus intenciones conscientes y las exigencias de la situación real, y no los componentes más profundamente arraigados de la personalidad”. La cuestión es que para Jung³ el *hombre personal* es quien tiende a identificarse con la máscara, por oposición al *hombre individual*, que tiende a identificarse con sus propios y auténticos elementos de personalidad.

Sin desdeñar la interesante complejización que nos propone la máscara, para nuestros objetivos es suficiente con la primera y breve acepción que nos propone este diccionario, para quien persona es simplemente un organismo, centro de referencia que cumple funciones fisiológicas y psicológicas. Lo cual cubre, aparentemente, no sólo a los seres humanos. Si volvemos al “sujeto”, definido en cierto punto como “centro de referencia de actividades de fenómenos mentales”, estamos autorizados para concluir que la diferencia entre “persona” y “sujeto” es que ambos tienen funciones psicológicas, pero que la “persona” tiene, además, funciones fisiológicas, es decir, se trata de una organización compleja que interactúa con un medio. En ambos casos pareciera que da lo mismo que el término se aplique a un ser humano que a un animal, de manera que abordaremos la cuestión por algún otro sesgo más específico. Retengamos esta idea: la noción de organismo puede inducirnos a pensar que se trata de una complejidad autosuficiente, rasgo que se encarga de despejar el hecho de la interacción “con un medio”.

Sujeto

El siglo XX ha sido, quizá, el siglo en donde más denodadamente se pretendió indagar acerca de la subjetividad. Desde la fenomenología de Husserl, que postula al yo como conciencia trascendental, hasta el existencialismo sartreano, para quien el hombre es un absurdo –puesto que los acontecimientos del nacer y del morir no tienen sentido–, la filosofía, y todas las ciencias del hombre en general, han pensado estos temas que intentamos desenvolver.

A mi entender, el mencionado siglo ha erigido dos de los cuerpos conceptuales más poderosos hacia el entendimiento de qué es el sujeto, qué lo constituye, qué lo define de manera intrínseca, y que sintetizaremos con dos nombres: Foucault y Lacan.

Para Michel Foucault el sujeto no es una sustancia sino una forma. Pero una forma cuya característica fundamental es móvil, cambiante, puesto que es constituida por los juegos de verdad. Por tanto, nunca es idéntica a sí misma. Lo que aquí rechaza es lo que él llama “teorías previas del sujeto” –como las elaboradas por la

fenomenología y el existencialismo—. Es decir, para Foucault no hay un sujeto para el que se suponga la efectuación de operaciones de conocimiento, sino justamente lo contrario: a Foucault le interesa cómo, en el interior de una determinada forma de conocimiento, el sujeto se constituye (como loco o sano, delincuente o no), “a través de un determinado número de prácticas que eran juegos de verdad, prácticas de poder, etc.”. Se rechaza, en suma, una teoría a priori del sujeto. Asimismo, al interior de cada uno de nosotros, existen diferentes sujetos, lo que depende del tipo de relaciones que entran en juego: del mismo hombre se puede decir que es un sujeto político, que vota o participa en una asamblea vecinal, que establece relaciones diferentes al que intenta realizar su deseo en una relación sexual.⁴

Si las prácticas de poder y los juegos de verdad crean sujetos docilizados, cuyo tiempo será reducido a tiempo de trabajo y cuyo cuerpo será reducido a fuerza de trabajo, necesidades imperiosas del capitalismo para seguir existiendo en su violencia desigual, la pregunta pertinente deberá ser: ¿qué hay en los seres humanos de tan vulnerable que los convierte en sujetos del poder? ¿No nacemos con una dotación biológica suficiente como para acceder a la razón, que nos hace sujetos de nosotros mismos?

Sujetar el objeto

Comencemos por preguntarnos cuál es el paradigma al cual la empresa foucaultiana, y también la lacaniana, contestan, o cuestionan. Estamos hablando del paradigma positivista:

“En este sentido toda corriente a la que llamemos *positivista* va a estar siempre ligada al problema de ‘la verdad como correspondencia’, y tendrá una concepción absolutista de ésta. Los positivistas clásicos hablaban de la verdad como una correspondencia directa entre el conocimiento y lo que era conocido. Los positivistas lógicos fueron un poquito más sofisticados y se han apoyado en una semántica objetivista —que en una versión ultra-simplificada— plantea que hay objetos allá en el mundo, este grabador por ejemplo, y que el sujeto se hace de ellos una representación mental isomórfica de ese objeto, y las palabras son por lo tanto meras ‘etiquetas’ de esas representaciones mentales. Esta teoría es la que —en buena medida— ha comenzado a caer y que ha llevado a profundos cambios en el pensamiento contemporáneo sobre el conocimiento y que afecta sobremanera el campo de la subjetividad.

Desde la concepción positivista del conocimiento y del lenguaje el objeto está allí (afuera) y es ‘en sí’; y el *sujeto* es un mero espejo —por eso Rorty llamó a este punto de vista ‘La filosofía como el espejo de la naturaleza’—. Ahora bien, desde esta perspectiva, ¿cuál es el rol del sujeto? Lo único que el sujeto puede hacer es equivocarse, arruinar, degradar, distorsionar, porque cualquier interferencia subjetiva, va a hacer que la representación sea menos isomórfica con las cosas del mundo. Entonces el sujeto devino fuente de error exclusivamente —desde Bacon en adelante.⁵

Decimos entonces que el sujeto que el psicoanálisis y Foucault subvierten es el sujeto de esta concepción, no por clásica menos poderosa, por lo menos en la Academia. Para volver a decirlo, para esta concepción el objeto está dado —el grabador del ejemplo de Najmanovich— y, siendo connatural al sujeto, éste también lo está. No son resultados de construcciones, sino parte de lo que arriba llamábamos

“realidad material”. El conocimiento es entonces una relación sujeto/objeto. El sujeto va con su saber en busca de la verdad del objeto; el objeto es “deslizado” hacia el sujeto y se interioriza en su mente. No “todo” el objeto: solamente una *representación* del mismo.

Esta “representación” es la verdad del objeto en el sujeto, si se trata de una representación adecuada al mismo.

Esta relación sujeto/objeto es preexistente al hecho del conocimiento. No se construye, repito, se *describe*.

Nos remitimos, entonces, a la discusión entre el descriptivismo clásico y el antidescriptivismo de Kripke en la lectura de Žižek. Para el descriptivismo, “(...) a causa de su significado, cada palabra es en primer lugar portadora de un cierto significado —o sea, significa un cúmulo de características descriptivas (‘mesa’ significa un objeto de una determinada forma que sirve para ciertos fines) y subsidiariamente se refiere a objetos en la realidad en la medida en que éstos poseen propiedades que el cúmulo de descripciones designa”. La extensión, los objetos, está determinada por la intensión, las propiedades comprendidas en su significado. “La respuesta antidescriptivista (...) es que una palabra está conectada a un objeto (...) mediante un ‘bautismo primigenio’, y este vínculo se mantiene aun cuando el cúmulo de rasgos descriptivos, que fue el que inicialmente determinó el significado de la palabra, cambie por completo.” Ambos enfoques “apuntan a una teoría general de las funciones de referencia”. Según Žižek, ambos “*yerran el mismo punto crucial* —la radical contingencia de la nominación (...) el hecho de que la nominación constituye retroactivamente su referencia”.⁶ Esto es: la significación es un efecto resultado de un carácter retroactivo, con respecto al significante. El significado “se queda atrás” en relación con la cadena del significante: el efecto de sentido se produce hacia atrás. Los significantes se encuentran “flotantes”, se siguen uno al otro. *Después*, emerge el significado. Hay un punto en donde la intención atraviesa esa cadena significante y detiene entonces ese deslizamiento del significado. Un ejemplo lingüístico lo constituye la puntuación:

Un hombre.

Un hombre bueno.

Un hombre bueno para nada.

Otro ejemplo es la célebre película “Sexto sentido” de M. Night Shyamalan, donde la sorpresa la da el final, cuando el espectador entiende que el personaje que interpreta Bruce Willis en realidad está muerto. Esto otorga un significado retroactivo a toda la obra.

Otro ejemplo: (tomado de Žižek): en el espacio ideológico “flotan” significantes como *libertad*, *justicia*, *Estado*. La cadena de éstos se complementa con algún significante amo (“Comunismo”) que retroactivamente determina el significado (Comunista) de aquéllos: la *libertad* es real únicamente mediante la superación de la libertad formal burguesa, el Estado es el medio por el cual la clase gobernante garantiza las condiciones de su gobierno, etcétera.

Otro ejemplo es la idea de historia en Benjamin⁷: Decimos que a la historia la cuentan “los que han vencido”. Al concebir la historia como un curso de acontecimientos cerrado, homogéneo, rectilíneo, continuo, la mirada tradicional de la historiografía es, a priori, la mirada de “los vencedores”. Deja fuera de consideración a aquello que “fracasó” en la historia, lo que es necesario si se pretende establecer la continuidad de lo que “sucedió en realidad”. Así, la historiografía dominante escribe una historia “positiva”, de grandes logros y tesoros culturales. En cambio, un materialista histórico los observa de manera distante. “Puesto que todo el patrimonio cultural que él abarca con la mirada tiene irremisiblemente un origen en

el cual no puede pensar sin horror. Tal patrimonio debe su origen no sólo a la fatiga de los grandes genios que lo han creado, sino también a la esclavitud sin nombre de sus contemporáneos. No existe documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie.” El materialista histórico, concluye Benjamin en esta tesis VII de filosofía de la historia, “considera que su misión es la de pasar por la historia el cepillo a contrapelo.”⁸

Según Žižek, el descriptivismo deja de lado la dimensión del gran Otro. Y el antidescriptivismo, la dimensión del pequeño otro, ambos conceptos lacanianos.⁹

El gran Otro determina al sujeto y subsiste, en cuanto tal, más allá del mismo. El gran Otro regula todos los intercambios lingüísticos entre los hombres y media también la relación de los hombres con lo que llamábamos la realidad material. Es entonces el lugar de constitución de la palabra, la intersubjetividad, el pacto, la ley.

El origen de este concepto es freudiano. En “El porvenir de la terapia psicoanalítica”, Freud se refiere al sujeto como a un ser de escasa consistencia, que carece de racionalidad para luchar contra su propia capacidad de agresión, y que, por tanto, necesita un Otro cargado de autoridad para que venga a suturar esa inconsistencia.¹⁰

El pequeño otro son nuestros semejantes, los otros hombres reales y concretos. (Esta articulación no está separada de la que tiene el sujeto con el gran Otro.) El carácter del otro con minúscula, es del orden de lo imaginario, ya no de lo simbólico. Para Lacan, el “esquema subjetivo fundamental” es la relación simbólica entre el sujeto y ese Otro, “el personaje inconsciente que lo dirige y lo guía, mientras que el otro imaginario, el pequeño, juega un papel intermedio, el de una pantalla”.¹¹

En este punto es preciso que me explaye en torno de este léxico que ha sido incorporado en estos párrafos: lo *simbólico*, lo *imaginario*, que forman una tríada con lo *real*. En el mismo movimiento, vamos a ver también en qué consiste la diferencia entre *yo* y *sujeto* para el lacanismo.

Lo Real

Los registros de lo imaginario, lo simbólico y lo real, en su mutua articulación –lo que define su inseparabilidad– forman parte de una cuestión crucial en la teoría lacaniana, a tal punto que su obra se divide según períodos en donde Lacan acentúa alguno de estos registros sobre los otros.¹²

“De acuerdo con la epistemología lacaniana, efectivamente, los actos de conciencia, las experiencias del sujeto maduro, implican necesariamente una coordinación estructural entre lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real.”¹³

De los tres términos, el más complejo es el de Real, que, según parece, Lacan define de diferentes maneras. Lo más certero que puede decirse, es que es irreductible a lo Simbólico, razón por la cual es muy difícil referirse a él, sobre todo porque uno tiene la tentación de confundir lo Real con la realidad, lo cual está lejos de ser exacto. Lo Real es imposible de conocer, no sólo mediante lo Simbólico, sino también mediante lo Imaginario; no nos lo podemos representar ni con símbolos ni con imágenes. Una aproximación a este concepto: “Ni siquiera podemos decir que conocemos tal cual es un objeto mucho más cotidiano como una piedra: sólo tenemos una imagen de ella, aunque más no sea porque estamos viéndola desde una

determinada perspectiva, no desde todas en forma simultánea. Y tampoco estamos viendo su interior. La realidad es la piedra que estamos viendo, que no tiene nada que ver con lo real, la piedra tal cual ella es”.¹⁴ Cazau, más adelante, establece una analogía, y así, dirá que la diferencia entre la realidad y lo real es similar a la diferencia kantiana entre el noúmeno y el fenómeno, siendo el primero de éstos, lo Real, lo incognoscible. Y agrega que tampoco el conocimiento científico aprehende la realidad tal cual es, porque de lo que trata es de imaginársela, mediante metáforas o modelos, y conceptualizarla mediante teorías. Esto significa un duro golpe al narcisismo de la ciencia. Lo que llamábamos más arriba “realidad material” se considera, entonces, inaccesible al conocimiento, de nuevo, incognoscible. En términos de Lacan, “lo Real, o lo que es percibido como tal, es lo que resiste absolutamente a la simbolización. A fin de cuentas, ¿no se presenta acaso en su punto máximo el sentimiento de lo real en la ardiente manifestación de una realidad irreal, alucinatoria?”.¹⁵

Para Jameson, lo Real es la dimensión de la historia, es decir, “la Historia misma”. Por razones de espacio, no profundizaremos esta concepción de Jameson, pero sí agregaremos esta idea, en una larga cita: “Pues lo que es escandaloso para la filosofía contemporánea en estos dos ‘materialismos’ –Jameson se está refiriendo aquí al marxismo y al psicoanálisis para enfatizar la distancia fundamental entre cada una de estas ‘unidades de teoría y práctica’ y la filosofía convencional como tal– es la tozuda retención de ambos, de algo que se suponía que los filósofos sofisticados habían puesto hace tiempo entre paréntesis, específicamente una concepción del referente (...) para un ambiente intelectual dominado, en otras palabras, por la convicción de que las realidades que enfrentamos o experimentamos se nos presentan preformadas y preordenadas, no tanto por la ‘mente’ humana (que es la forma más antigua del idealismo clásico) sino más bien por los diferentes modos en que puede obrar el lenguaje humano –es claro que debe haber algo inaceptable en esta afirmación de la persistencia, detrás de nuestras representaciones, de este núcleo indestructible de lo que Lacan llama lo Real, del cual ya hemos dicho que era simplemente la Historia misma (...) Sin embargo, la objeción presupone una epistemología para la cual el conocimiento es, de un modo u otro, una identidad con las cosas, una presuposición peculiarmente sin fuerza sobre la concepción lacaniana del sujeto descentrado, que no puede conocer la unión ni con el lenguaje ni con lo Real y que está alejado estructuralmente de ambos en su propio ser.”¹⁶

Lo Imaginario

“El ser humano es esta noche, esta nada vacía, que lo contiene todo en su simplicidad –una riqueza inagotable de muchas representaciones, múltiples, ninguna de las cuales le pertenece– o está presente. Esta noche, el interior de la naturaleza, que existe aquí –puro yo– en representaciones fantasmagóricas, es noche en su totalidad, donde aquí corre una cabeza ensangrentada –allá otra horrible aparición blanca, que de pronto está aquí, ante él, e inmediatamente desaparece–. Se vislumbra esta noche cuando uno mira a los seres humanos a los ojos –a una noche que se vuelve horrible.”

Este bellissimo texto de Hegel, según Žižek¹⁷, es una magnífica descripción del poder de la imaginación en su aspecto negativo, destructor, que disemina en la re-

alidad una multitud de objetos parciales, apariciones espectrales de lo que en la *realidad* constituyen un todo mayor.

Una buena manera de entrar a los conceptos de Imaginario y Simbólico, puede ser considerarlos según el momento en que surge cada uno. Rápidamente podríamos decir que el estadio del espejo –que podría fijarse alrededor de los 8 meses de edad del niño– configura lo Imaginario, y provoca el surgimiento del *yo*, y que el *sujeto* se constituye con el aprendizaje del lenguaje, con la entrada a lo Simbólico, a posteriori.

Dice Lacan: “La estructura fundamental, central, de nuestra experiencia, pertenece propiamente al orden imaginario. E incluso podemos percibir hasta qué punto esa función es ya distinta en el hombre de lo que lo es en el conjunto de la naturaleza.”

“En la naturaleza encontramos bajo mil formas la función imaginaria: son todas las captaciones guesaltistas enlazadas al pavoneo, tan esencial para el mantenimiento de la atracción sexual en el interior de la especie.

Pues bien: la función del yo presenta en el hombre características diferentes. Este es el gran descubrimiento del análisis: a nivel de la relación genérica, ligada a la vida de la especie, el hombre funciona ya de otro modo. Ya hay en él una fisura, una perturbación profunda de la regulación vital. En esto radica la importancia de la noción de instinto de muerte aportada por Freud.”¹⁸

Lo simbólico

La concepción freudiana del complejo de Edipo es transpuesta por Lacan como fenómeno lingüístico, y muestra el descubrimiento, por parte del niño, del Nombre del Padre (o metáfora paterna), que consiste en la transformación de una relación Imaginaria con esa imago particular que es el padre físico, en una abstracción nueva y amenazante del rol paterno como el poseedor de la madre y el lugar de la Ley. Es la etapa de adquisición del lenguaje, de entrada en el Orden Simbólico, que no se realiza sin una importante cuota de alienación. Jameson recuerda, como símbolo trágico de la alienación inevitable que conlleva el aprendizaje del lenguaje, a la película que él llama “El salvaje” pero que creo que se llamaba “L’enfant sauvage”, de Truffaut, en el cual dicho aprendizaje se muestra como una tortura, como un sufrimiento físico palpable.

El orden Simbólico es el gran Otro, que antecede al sujeto y lo constituye como tal, en el interior de las leyes que constituye el lenguaje. “Lo constituye como tal” significa que en ese momento tendrá que convertirse en un sujeto, es decir, apropiarse de su historia familiar para tener un lugar en ella.

El lenguaje, dice Lacan, es la actividad simbólica por excelencia. Más que para comunicar, el lenguaje tiene, entonces, como función, fundar la subjetividad que permitirá al hombre situarse en el juego intersubjetivo. El gran Otro es el que organizará el mundo imaginario del yo, sin aniquilarlo, no obstante, puesto que éste persistirá a lo largo de la vida.

Las leyes del Otro son las leyes mismas del significante. Decíamos más arriba que uno de los trabajos que realiza Lacan con relación a Freud, es darle forma lingüística a las ideas freudianas, que existían como tal, pero que carecían de la pre-cisión que Saussure, Jakobson y Benveniste aportarían a la ciencia del lenguaje. Pero Lacan no toma de estos sabios los conceptos sin antes hacerlos pasar por el tamiz de su propio pensamiento. Por ejemplo, de la relación significado/significante que define el signo saussureano, y que implica, como tantas veces se ha analizado, la preeminencia del significado sobre el significante, Lacan enfatiza la barra que los separa, por considerar que la misma produce un corte en el signo. El significante no representa al significado. “Representa al sujeto para otro significante”.¹⁹

Entre las relaciones simbólicas e imaginarias existe la distancia que separa la culpa de la angustia.

“La angustia, como sabemos, está siempre conectada con una pérdida —esto es, una transformación del yo— con una relación dual a punto de desvanecerse para ser reemplazada por otra cosa, algo que el paciente no puede enfrentar sin vértigo. Esto es el dominio y la naturaleza de la angustia.”

“Ni bien se introduce una tercera persona²⁰ en la relación narcisista, emerge la posibilidad de una mediación real, a través del intermediario, del personaje trascendente, es decir, de alguien a través de quién el deseo de uno y su cumplimiento pueden ser realizados. En este momento, aparece otro registro, el de la ley —en otras palabras, el de la culpa.

(...) Esto significa que todas las relaciones duales siempre están estampadas con el estilo de lo imaginario. Para que una relación asuma su valor simbólico, debe existir la mediación de una tercera persona la cual provea el elemento trascendente a través del cual la relación de uno con un objeto pueda sostenerse a cierta distancia.”²¹

El sujeto, un lugar vacío

El sujeto está constituido por una falta. Y esto es así porque el sujeto está atravesado por la castración. Esa falta va a resultar el motor del deseo, que es deseo de otra cosa, por eso nunca hay completad y le permite no concluir, porque el sujeto seguirá viviendo y trabajando en pos de ese deseo.

El Edipo, entre otras cosas que aquí no profundizamos, es la operación de corte que desaloja al niño del lugar inicial de objeto de goce del Otro. O sea, la realización paterna —prohibición del incesto— que marca un más allá de la madre, que ella *desea* más allá del niño. De allí que libera al sujeto que a partir de ese momento quedará inscripto en la cultura. Pero también introduce la *falta* en el sujeto, porque el sujeto ha perdido algo que recobra como deseo. Esta pérdida, como dijimos, es la castración.

De manera que el deseo²² motoriza la existencia, puesto que existe una falta estructural. El *sujeto barrado* no sería otro que un sujeto deseante, producido por un deseo, y dividido entre lo conciente, lo que pensamos de nosotros mismos, y lo inconsciente, que son determinaciones del mismo.

Aquí están en juego los conceptos de alienación y separación, que solamente mencionamos. Cerraremos este punto diciendo que el hecho de que el sujeto sea

sujeto del inconsciente, no libera a éste de responsabilidad, pues sus elecciones, aunque limitadas, son posibles. “De nuestra posición de sujeto somos siempre responsables”, dice Lacan en sus Escritos II.

De manera que, volvemos a ese enunciado de Žižek citado en la página 2 de este trabajo: “Pero la respuesta de Lacan a este reproche es que no sólo el mundo –como un conjunto dado de objetos– no existe, sino que tampoco existen el lenguaje y el sujeto (...)”, para comenzar por comprender: en primer lugar, como lo especifica la cita, el mundo no existe como un conjunto dado de objetos; en segundo lugar, el lenguaje no existe, puesto que si pertenece al orden simbólico, al gran Otro, tampoco se trata de una completud, porque lo Real es una grieta, un agujero en pleno orden simbólico, y, el tercer lugar, el sujeto, como queda dicho, es un sujeto barrado, “está denotado por la S tachada, bloqueada, (es) un vacío, un lugar vacío en la estructura del significante”.²³

Lo que sí existe, continúa Žižek, es el síntoma (objeto de otro trabajo, eventualmente).

Para cerrar, quiero puntualizar que gran parte de estos aportes del psicoanálisis en torno al problema del sujeto y del lenguaje, se adelantan en las formidables intuiciones de Benveniste, por lo menos.

¹ ŽIŽEK, S. (1992): *El sublime objeto de la ideología*, México, S.XXI. p. 107

² ARENDT, H. (1993): *La condición humana* Buenos Aires, Paidós. p. 14

³ ENGLISH, H. B. Y ENGLISH, A. CH. (1977): *Diccionario de psicología y psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós. p. 605.

⁴ FOUCAULT, M. (1996): *Hermenéutica del sujeto*, La Plata, Altamira. pp. 108

⁵ NAJMANOVICH, D.: “Nuevos paradigmas en el campo de la subjetividad” en *Acheronta*. Revista on line de Psicoanálisis y Cultura - Número 4 - Diciembre 1996.

⁶ ŽIŽEK, S. (1992): *El sublime objeto de la ideología*, México, S.XXI. p. 131

⁷ ŽIŽEK, 1992, *El sublime...* op. cit. p. 182 y siguientes.

⁸ BENJAMIN, W.: *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa. pp. 80, 81.

⁹ “Hay que distinguir, por lo menos, dos otros: uno con una A mayúscula, y otro con una a minúscula que es el yo. En la función de la palabra de quien se trata es del Otro”, dice Lacan. LACAN, J. 1983 - *El Seminario 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica del psicoanálisis*, Clase 19, Buenos Aires, Paidós (Recordemos que en francés “otro” es “autre”, de allí lo de A).

¹⁰ “No creo necesario acentuar ante vosotros la importancia de la autoridad. Sabéis muy bien que la inmensa mayoría de los hombres es incapaz de vivir sin una autoridad en la que apoyarse, ni siquiera de formar un juicio independiente. El extraordinario incremento de las neurosis desde que las religiones han perdido su fuerza puede darnos una medida de la inestabilidad interior de los hombres y de su necesidad de un apoyo. El empobrecimiento del yo a consecuencia del enorme esfuerzo de represión que la civilización exige a cada individuo puede ser una de las causas principales de este estado.” FREUD, S. 1973 “El porvenir de la terapia psicoanalítica” en *Obras Completas* T. II, Biblioteca Nueva Madrid, p.1567.

¹¹ LACAN, J. (1998): “La relación de objeto” en *Seminario 4*, Clase 23, Buenos Aires, Paidós.

- ¹² Por otra parte, sin estos tres sistemas de referencia, nada puede comprenderse de la técnica y la experiencia freudianas, según Lacan.
- ¹³ JAMESON, F. 1995 *Imaginario y simbólico en Lacan* Bs.As., El cielo por asalto, p. 16
- ¹⁴ CAZAU, P. “Lo real, lo simbólico y lo imaginario” en <http://www.aquacanary.com/historial/Textos/loreal.pdf>
- ¹⁵ LACAN, J.: *Seminario 2.*, op. cit., p. 110.
- ¹⁶ JAMESON, F.: op. cit. p. 52.
- ¹⁷ ŽIŽEK, S. (2001): *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Buenos Aires, Paidós, p. 40.
- ¹⁸ LACAN, J.: *Seminario 2*, op. cit., Clase 3 “El universo simbólico”.
- ¹⁹ LACAN, J. (1975): “La identificación” en *Seminario 9*, Clase 9, Buenos Aires, Paidós.
- ²⁰ El Nombre del Padre.
- ²¹ LACAN, J. Y GRANOFF, W.: “Fetichismo: lo simbólico, lo imaginario y lo real” en *Acheronta*. Este artículo apareció originariamente en el libro *Psychodynamics and Therapy*. 1956 (Comp. Lorand y Balint), N. York, Random House Inc. Trad. Leonel Sánchez Trapani.
- ²² “La idea fundamental del psicoanálisis es que el deseo no es algo dado de antemano, sino algo que se debe construir...” (ŽIŽEK, S.: 2000 *Mirando al sesgo*, Buenos Aires, Paidós, p. 22)
- ²³ ŽIŽEK, S. (1992): *El sublime objeto...* op. cit. p. 107.

Bibliografía

- ARENDET, H. (1993): *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós.
- BENJAMIN, W. (1971): *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa.
- CAZAU, P.: “Lo real, lo simbólico y lo imaginario” en <http://www.aquacanary.com/historial/Textos/loreal.pdf>
- D’ANGELO, R. y otros (2000): *Una introducción a Lacan*, Buenos Aires, Lugar.
- ENGLISH, H. B. Y ENGLISH, A. CH. (1977): *Diccionario de psicología y psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- FOUCAULT, M.: (1984) *Las palabras y las cosas*, Barcelona, Planeta.
- (1996) *Hermenéutica del sujeto*, La Plata, Altamira.
- FREUD, S. (1973): *Obras Completas*, T. II, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 1.567.
- JAMESON, F. (1995): *Imaginario y simbólico en Lacan*, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- LACAN, J. Y GRANOFF, W. (1956): “Fetichismo: lo simbólico, lo imaginario y lo real” en *Psychodynamics and Therapy, Acheronta*, (Comp. Lorand y Balint), N. York, Random House Inc. Trad. Leonel Sánchez Trapani. Revista on line.
- LACAN, J. (1975): *Seminario 9 La identificación*, Buenos Aires, Paidós.
- (1983): “El yo en la teoría de Freud y en la técnica del psicoanálisis” en *Seminario 2*, Buenos Aires, Paidós.
- (1984): “Las psicosis” en *El Seminario 3*, Buenos Aires, Paidós.
- (1998): “La relación de objeto” en *Seminario 4*, Buenos Aires, Paidós.

LÉGER, C. (1993): “¿Quién es pues ese otro al que estoy más apegado que a mí mismo?” en MILLER, G. (Comp.) *Presentación de Lacan*, Buenos Aires, Manantial.

MARIANI, A. L., en http://www.perio.unlp.edu.ar/fundamentos/bibliografia/NOTAS_SOBRE_EL_ESTADIO_DEL_ESPEJO.doc

MALDAVSKY, D. (1997): *Sobre las ciencias de la subjetividad*, Buenos Aires, Nueva Visión.

MASOTTA, O. (1976): *Ensayos lacanianos*, Barcelona, Anagrama.

MILLER, J. A. (2003): *Lo real y el sentido*, Buenos Aires, Edigraf.

NAJMANOVICH, D. (1996): “Nuevos paradigmas en el campo de la subjetividad” *Acheronta*. Revista de Psicoanálisis y Cultura - N° 4. On line.

ŽIŽEK, S. (2000): *Mirando al sesgo*, Buenos Aires, Paidós.

ŽIŽEK, S. (2001): *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política.*, Buenos Aires, Paidós.

ŽIŽEK, S. (1992): *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI.

También se incluye en esta bibliografía el CD Room con las obras completas de Freud y Lacan.